

SERMON  
PARA LA ENTRADA  
DE UNA RELIGIOSA,  
EN EL DIA DE REYES.

*Spiritu ferventes, Domino servientes. Rom. c. 12.*

Servid al Señor con espíritu fervoroso.

**Y**A os hallais, amada hermana mia, en el momento mas feliz que haveis experimentado en toda vuestra vida: os hallais en aquel momento en que llena de un santo fervor os determinais à renunciar el mundo, por entregaros à Dios: os hallais con las mismas disposiciones con que se hallaba el Apóstol, quando exclamaba, que solamente queria vivir en Jesu-Christo, y por Jesu-Christo: *Mibi vivere Christus est: (Philip. 6.)* con las mismas disposiciones que el Santo niño Samuel, quando decia al Señor; hablad, Dios mio, que yo os oygo, y estoy pronto à obedeceros: con las mismas disposiciones, finalmente, que la Esposa de los Cantares, quando manifestaba que ella era de su Esposo, y éste era suyo.

No obstante, este feliz momento, no es mas que el primer paso que dais para entrar en la casa de Dios; momento que excita los mas suaves consuelos en vuestra alma: momento que aviva en vos un amor puro, unos santos deseos, y una esperanza de-

deliciosa, y que os llena de una inexplicable alegría, mucho mas semejante à la de los bienaventurados, que à las falsas alegrías de los hijos del siglo: si con estos consuelos se mezcla algun pesar, es el de no poder ahora mismo acabar el sacrificio, y satisfacer vuestras ansias; pero ya vuestra alma se liga anticipadamente à la voluntad de vuestro Esposo; y aunque haveis de permanecer libre por espacio de un año, atendiendo à las leyes de la Iglesia, ya dexais de estarlo en las disposiciones de vuestro corazón.

Por lo que hablando con vuestro corazón, y atendiendo à vuestra voluntad, y à vuestros deseos, no os hablaré de la felicidad del estado que abrazais, vos misma lo conoceis, aun mucho mejor de lo que yo lo pudiera decir: solamente os explicaré las obligaciones que contraheis en este primer paso que dais, debiendo en adelante mantener, y aumentar el fervor que manifestais hoy, renunciando al mundo, con una grandeza de alma, y una libertad de espíritu, digna de los siervos de Dios; porque sería desgracia, amada hermana mia, que esta acción, que es el primer paso en el camino de la perfección, fuese para vos su mas alto punto, y termino de que no pasaseis, y que en lo sucesivo se entiviase, y desvaneciese el fervor que ahora os anima: los claustros religiosos no están libres de esta desgracia; pero espero que no ha de alcanzar à vos: espero que con el favor del Cielo, hareis de cada dia mayores progresos en la carrera que hoy empezais.

El misterio que hoy celebra nuestra Madre la Iglesia, es tambien un poderoso motivo para animaros: los Reyes, postrados à los pies de Jesus, le ofrecen las riquezas de sus países: el incienso à su

di-

divinidad, el oro à su poder, y la mirrha à su humanidad: dones todos muy proporcionados à su fé; pero antes de que practicasen estas liberalidades, ya Dios les havia enriquecido con las suyas, inspirandoles el designio de ir à buscar al Mesías, descubriendoles una Estrella que los guiase, y comunicandoles fortaleza para vencer los obstaculos, y exponerse à los peligros: todas estas gracias, ¿no eran dones mucho mas apreciables que el oro, y el incienso que ellos ofrecen?

En esto estamos viendo, Señores, la verdad de aquel principio establecido por San Agustin, es à saber, que en materia de beneficios, Dios siempre se adelanta à dar: *Deus perpetuó in beneficiis prior*: vos misma lo estais experimentando, amada hermana mia; venís, como los Magos, à ofrecer à un Dios recién nacido, el oro de la castidad, el incienso de la obediencia, y la mirrha de la pobreza, acompañando estas ofrendas con una extraordinaria firmeza de corazon; ¿pero quién os ha comunicado este valor? ¿à quién sois deudora de esa gracia? ¿quién ha de ser sino el mismo Dios, que ha llenado vuestra alma de favores, depositando en ella parte de sus tesoros.

De lo dicho se infieren dos poderosas razones, que os obligan à cuidar de que no se entibie vuestro fervor, ni se minore el zelo de que actualmente os sentís penetrada: tenedlas siempre presentes, y no las perdais de vista: la una es, lo que Dios hace hoy por vos; y la otra lo que hoy haceis vos por su Magestad: lo que Dios hace por vos os llenará de un justo agradecimiento, y os manifestará lo que debeis hacer en adelante: esta será la pri-

me-

mera parte: lo que vos haceis por Dios, os llenará de una santa confianza, y os enseñará lo que en adelante podeis hacer: esta será la segunda: y para que yo pueda desempeñar estos dos puntos de mi oracion, con utilidad de mis oyentes, imploremos todos la asistencia del Divino Espiritu, por medio de la poderosa intercesion de Maria. AVE MARIA.

## PUNTO PRIMERO.

Quando Moysés disponia à los Israelitas à recibir las ceremonias ordenadas en la ley, y los preceptos del Señor, les decia: Israel, el Señor, tu Dios, te ha escogido para que seas su Pueblo particular entre todas las Naciones de la tierra: *Te elegit Dominus Deus tuus, ut sis ei Populus peculiaris de cunctis Populis, qui sunt super terram.* (Deut. 6. 7.) No porque excedas à las demás Naciones en numero, merito, riquezas, ò valor, sino porque te ama mas que à todas ellas: *Non quia cunctas gentes numero vincebatis, sed quia dilexit vos Dominus.* Estas mismas palabras deben servirnos, amada hermana mia, de continua leccion para animar vuestro fervor: Dios os ha escogido, y quiere que seais suya, de un modo particular: ¿os parece acaso, que es por haver visto en vos algunas prendas naturales sobresalientes? No penseistal; su eleccion es puro efecto de un amor anticipado: *Quia dilexit vos Dominus*: ved, pues, qué privilegios, y distinciones incluye esta eleccion: Dios os quita el amor al mundo, el conocimiento del mundo, y aun el deseo de conocerle: reflexionad bien todos estos favores.

Tom. I.

Tt

Dios

Dios os quita el amor al mundo: os quita aquella inclinacion tan general, aquel vinculo tan delicado, y fuerte que nos une à todo lo que lisongea nuestros sentidos; aquella secreta inteligencia de nuestro corazon, con los objetos agradables: Dios nos manda à todos que no amemos al mundo, ni à las cosas que son del mundo: asi nos lo dice por sus Apostoles: *Nolite diligere mundum, nec ea quæ in mundo sunt*: (1. Joan. c. 2.) à todos nos ha dado los medios necesarios para preservarnos de este amor; pero no en todos son unos mismos estos medios: à unos niega aquellos talentos propios para agradar al mundo: estos no le aman, ò à lo menos piensan no amarle, porque no son amados del mundo: à otros los carga de tantos negocios, que no aman al mundo, porque no tienen tiempo para amarle, ni examinarle: otros se disgustan de los placeres, y vanidades del mundo, estos no le aman, por estar ya cansados de amarle: otros, despues de haver sufrido varios reveses de la fortuna, no aman al mundo, porque éste es amargo para ellos: todas estas disposiciones de la providencia, producen su efecto tarde, ò temprano en el corazon de los predestinados; pero ¿quánto mas felices son los que desde su tierna edad se libran de este veneno; que teniendo todas las prendas para grangearse la pública estimacion, pudiendo prometerse en lo sucesivo una vida llena de delicias, instados, y buscados por todas partes, sienten en su corazon una absoluta indiferencia para con el mundo? ¿que no experimentan dentro de sí centella alguna de aquel fuego que todo lo abrasa, inclinacion alguna à lo que arrastra, y pierde à tantas almas, y que gozan de un natural dis-

pues-

puesto à recibir las impresiones de la virtud? Este es, amada hermana mia, el primer don que recibís de Dios; pero no contento el Señor con quitar de vuestra alma el amor al mundo, añade el favor de privaros de su conocimiento.

Respecto de la juventud, casi es lo mismo conocer al mundo que amarle: éste siempre se presenta à esta edad con un semblante risueño, y agradable; no la ofrece mas que flores, inciensos, y lisonjas; pero con el tiempo descubre sus engaños, y el hombre llega à conocer que es un impostor, y un ingrato: esta experiencia es muy tarda, y excede la penetracion de la juventud: los jovenes no examinan lo que ven, y quanto ven les persuade que son para el mundo, y que el mundo es para ellos: quitar, pues, à el alma este pernicioso conocimiento, y librarla de este encanto, cuyos infelices efectos lloraba Salomon: *Fascinatio mugacitatis obscurat bona*: (Sap. c. 4) es sin duda una de las gracias mas particulares del Cielo: de esta gracia, pues, usa el Señor con vos, amada hermana mia; hasta ahora no se os ha presentado el mundo con aquel lisongero disfraz, que le forma tantos partidarios: no haveis podido hacer juicio de él por los sentidos, por las maximas de los mundanos, por sus costumbres, y sus modas: puede ser que con la apariencia de sus falsos resplandores, os huviera engañado; pero no le haveis conocido mas, que por las luces del Evangelio, y por los principios de la fé: y asi, le conocéis como en la realidad es; sabeis, que su resplandor es vano, que su prudencia es locura, y su amistad, enemistad con Dios: que su Principe es el Demonio, su fundamento la malicia; y que Jesu-Christo

Tt 2

to

to no fue del mundo; que no quiso rogar à su Padre por el mundo, y consiguientemente, que los Christianos no debemos tener inteligencia alguna con el mundo: estos son los colores, con que hasta ahora haveis visto pintado al mundo, y este es su verdadero retrato.

Pero queriendo Dios favoreceros mas todavia, no solamente os quitó el amor, y el conocimiento del mundo reprobado, sino que tambien ha apartado de vuestra alma el deseo de conocerle: Jacob no tenia mas que una sola hija; aunque vivia feliz en la casa de su padre, quiso ver el mundo, y tratar con las doncellas del País à donde su padre havia ido à establecerse, pero la curiosidad fue causa de que perdiere su virtud.

¡Fatal curiosidad en donde siempre tropieza la juventud! *Egresa est Dina, ut videret mulieres regionis illius. (Genes. 34.)* No queremos, dicen algunas personas, seguir el mundo, solamente queremos verle, y luego, que le ven, le aman, y le siguen: como la juventud nada sabe, todo quiere experimentar: por poco placer que halle en lo que empieza à conocer, se figura mayores conveniencias en lo que todavia no conoce: y quanto la permiten que vea, la parece, sin comparacion, mucho menos apreciable, que aquello de que la privan: *Dulcius putat omne, quod nescit. (Heronym. Epist. 74.)*

De aqui se siguen aquellas funestas aficiones, que casi sin conocerlo precipitan à la juventud en los desordenes del mundo: pero Dios, amada hermana mia, ha apartado muy en tiempo vuestra vista de la vanidad, para que la fixeis en objetos mas sólidos: os ha concedido muy presto, lo que tardó mu-

cho

cho en conceder à los ruegos de David: Señor, decia aquel Santo Rey, no permitais, que mis ojos se dexen llevar de falsas apariencias: *Averte oculos meos, ne videant vanitatem. (Psal. 118.)* Vos tambien lo haveis dicho como él, pero sin que haya llegado el caso de experimentar los males, que él padeció: apenas empezó à rayar en vos la luz de la razon, quando fuisteis llamada, y admitida en el tabernaculo de Dios vivo: nunca se os oyó allí suspirar por Egipto: jamás se advirtió, que gustaseis de las inútiles conversaciones de los sucesos del mundo: contenta en vuestra clausura dexabais à los muertos, segun la expresion del Evangelio, que sepultasen à sus muertos, y solo pensabais en la hermosura de la casa de Dios, en las delicias de su Santuario, en los medios de cumplir su voluntad santissima, y en la felicidad que experimentan los que le sirven: cuántas veces postrada en su presencia exclamasteis con su Profeta: vuestros Altares, Señor Omnipotente, mi Dios, y mi Rey, vuestros Altares son todo mi consuelo. (*Psal. 83.*) El Señor os oyó; y desde lo mas alto de los Cielos, desde el Trono de su grandeza derramó sobre vos los rayos de su sabiduria, (*Sap. cap. 9.*) y esta sabiduria eterna os ha preservado del amor al mundo, del conocimiento del mundo, y aun del deseo de conocerle: esto es, amada hermana mia, lo que Dios ha hecho por vos: pero ¿qué intenta el Señor con estos favores? Esto es lo que vos no podeis todavia comprehender bien, pero os lo manifestaré con claridad.

Quando Dios manifestó su proteccion al Pueblo de Israel, abatiendo à su vista el poder de los Pharaones, abriendo el mar, para que pasase, y sepul-

tan-

tando en él à sus enemigos, sacandole de la esclavitud de Egypto á costa de infinitas maravillas, ¿ qué pretendia el Señor? ¿ queria acaso proporcionar à su Pueblo una vida tranquila? ¿ queria librarle de todos los cuidados, y fomentar su pereza? No por cierto; solo queria, que al ver las victorias, y sumision de este Pueblo, supiese todo el universo, quan grande era el Dios de Israel: *In Israel magnum nomen ejus.* (Psal. 75.) ¿ Pero cuál fue la indignacion de este gran Dios, quando despues de haverle librado de Egypto, despues de haverle guiado, y alimentado milagrosamente en el desierto, vió à este mismo Pueblo rebelde abandonarse à la idolatria, y à la murmuracion? ¿ Pueblo infame, es eso lo que de ti podia esperar el Señor? ¿ Es ese el agradecimiento à tantos prodigios, como por tí ha obrado? *Hæcine reddis Domino, popule stulte, & insipiens.* (Deut. 31.)

¿ Cómo podria aquel Pueblo sufrir esta reconcion? ¿ y cómo la podriais sufrir vosotras, hermanas mias, si despues de hallaros favorecidas con tantas gracias del Cielo, no tuvierais mas fin en vuestro santo retiro, que pasar vuestra vida en paz, y formaros en el centro del retiro un mundo tan peligroso como aquel, de cuyos alhagos haveis huido?

Ah! no es esto, amadas hermanas mias, lo que debemos à Dios, ni lo que el Señor espera de nosotros: le debemos un fervor tanto mas superior à la piedad comun, quanto son mas superiores à los beneficios comunes, los que ha hecho por nosotros: revistamonos, pues, de unos pensamientos conformes à nuestro estado: estos pensamientos no deben ser de

de complacencia, y estimacion de nosotros mismos, atendiendo à la perfeccion, que se nos señala como nuestro fin: esta presumpcion, dice San Geronymo, no nos conviene de ninguna manera: humillemonos, y temblemos al contemplar la multitud, y grandeza de nuestras obligaciones: servimos à un Dios, cuya justicia no es menor, que su misericordia: tengamos presente el repartimiento, que hizo aquel Señor del Evangelio, quando distribuyó los talentos: à uno dió cinco, à otro dos, y à otro uno: el ultimo, que no recibió mas que un talento, no quiso negociar con él; pero reparad en el rigor, con que fue castigado su descuido; y aun huviera merecido mayor pena, si como los otros huviera recibido cinco, diez, ò mas talentos, y no se huviera aprovechado de ellos.

En este mismo caso nos hallamos nosotros, amadas hermanas mias: cometemos igual infidelidad, quando en vez de aprovecharnos de los dones de Dios, los escondemos en la tierra, ò los disipamos, abusando de ellos; quando al mismo tiempo los Christianos del siglo, que no han recibido mas que unos dones regulares, que son muy inferiores à nosotros, en los favores que reciben de Dios, y que en su estado están expuestos à infinitos peligros, practican las mas eminentes virtudes, y nos quitan las coronas, que nos estaban destinadas.

Con nosotros hablaba el Salvador del mundo, quando dixo à sus primeros discipulos, que si sus virtudes no excedian à las virtudes de los Phariseos, esto es, de los hombres mas exactos en las observancias del Judaismo, no tendrian lugar en su Reyno. (*Matth. cap. 5.*) No podemos quejarnos, pues

si el Señor nos pide extraordinarios servicios, es porque nos comunica extraordinarios favores.

Lo que Dios hace por nosotros, amadas hermanas mías, hasta este gran favor de trahernos à las casas Religiosas, lo hace casi sin nosotros: y aun me atrevo à decir, que algunas veces lo hace como à pesar nuestro, haciendo, que se buelvan ácia él nuestros corazones con una inclinacion absolutamente contraria à nuestras naturales inclinaciones: pero despues de este inexplicable beneficio de la gracia, en que las mas veces tenemos nosotros tan poca parte, luego que nos dexa colocados en el lugar de nuestro asilo, aunque no dexa de trabajar con nosotros, nos pide mucho mayor agradecimiento, que el que nos pedia al principio.

Loth, uno de los hombres mas favorecidos de la providencia, estaba encerrado en Sodoma con todos sus hijos, quando se executó el decreto del Cielo contra aquella infame Ciudad: no quiso el Señor confundir al justo con los culpados: le avisó en tiempo por medio de sus Angeles del peligro, que le amenazaba: no se dió por ofendido de su tardanza; los Angeles le sacaron como por fuerza, fuera de los muros: hasta aqui Dios es quien obra; ¿pero os parece, que en adelante hará lo mismo? Oid à su Angel: ahora ponte tú en salvo, dice à Loth; huye à esa montaña, porque si no estás perdido. (*Genes. c. 19.*) Inmediatamente se aparta de él el Angel, y le dexa à su discrecion: pero ¿por qué no acabará Dios la obra, que él solo havia comenzado? Porque aunque en los primeros pasos pone mas de su parte, que nosotros de la nuestra, despues es necesario, que nosotros pongamos de nuestra parte

ma-

mayor fuerza, mayor fidelidad, y mayor actividad que en los principios: aunque Dios nos haya sacado del peligro por medio de unas gracias singulares, éste todavia nos amenaza, si por nuestra parte no correspondemos à sus favores: *Salva animam tuam, ne & tu simul pereas.*

Y aun quando no nos obligára à esto el peligro, que nos amenaza, ¿no estariamos obligados en fuerza del agradecimiento? ¿Hay, por ventura, necesidad en la casa de Dios de amenazarnos con su ira? ¿No basta representarnos sus favores? ¿Qué mas fue necesario, para obligar à Loth, à seguir exactamente las ordenes del Cielo, que manifestarle, quando estuvo ya en lo alto de la montaña, el infeliz estado del País de donde havia salido? Por todas partes no veía mas que humo, fuego, y cenizas: oía los lamentables gritos de aquellos desesperados Ciudadanos, que morian quemados vivos, sin que ni uno solo pudiese librarse: todos, sin diferencia de edad, ni sexo, quedaban sepultados entre las llamas: Loth, desde el lugar seguro en donde le havia colocado la providencia, viendo la desgracia de sus vecinos, penetrado de amor, y de agradecimiento à su Dios, que le havia librado de aquella infeliz suerte, no cesaba de alabar su bondad.

¿Podeis vosotras, amadas hermanas mías, contemplar, desde la altura del santo monte en donde Dios os ha colocado, la desolacion del mundo, y los males que le afligen, sin quedar penetradas de un vivo agradecimiento à vista de las misericordias, que el Señor ha usado con vosotras? Ah! ¿quántos mundanos gimen en sus miserias, envi-

Tom. I.

Vv

dian-

diando vuestro sosiego? Señor, Dios mio, ¿qué os han hecho aquellos, y qué os hemos hecho nosotros? ¿qué motivo hay para que nosotros hallemos en vuestro corazon un amor, que ellos no hallan? ¿qué haveis visto en nosotros, que no se halle tambien en ellos? ¿cómo hemos nosotros oído aquella voz, que ellos no hayan oído, ò que acaso no les ha hablado? ¿podremos ser insensibles à estos favores, ù olvidar estos beneficios con el curso de nuestros años? ¡oh, amada hermana mia! Dios os ha escogido con expecial predileccion, ¿pues cómo podreis menos de amarle sobre todas las cosas? Esto no será mas que corresponder à lo que le debeis: llegará el dia en que no tendreis voces, para bendecir esta eleccion: quando pase la figura de este mundo, y os halleis libre de los disgustos, è inquietudes de la vida, ¿qué no deseareis haver hecho, y padecido por un Dios, tan liberal, y tan digno de ser servido? Estos pensamientos, en que haveis de estar ocupada toda la eternidad, deben excitar ahora vuestro fervor: à esto os debe mover, no solamente lo que Dios hace por vos, sino tambien lo que vos misma haceis por su Magestad, como lo vereis en la segunda parte de este discurso.

#### PUNTO SEGUNDO.

**E**L Reyno de los Cielos se compára en el Evangelio à un tesoro escondido en el campo: un hombre, que tiene la fortuna de hallar este tesoro, vende todos sus bienes, y con su producto compra aquel campo, y asi, por medio de una aparente pérdida entra en posesion de una rica fortuna: este es, ama-

amada hermana mia, el supremo grado de vuestra prudencia, y al mismo tiempo de vuestra generosidad: haveis descubierto el tesoro Evangelico: este es un tesoro oculto en las tinieblas, y silencio de la vida Religiosa, y para poseerle, os deshaceis de todo, y lo dais todo.

Despues, que el Salvador del mundo huvo explicado las obligaciones anexas al estado del matrimonio, respondió la mayor parte de los que le oían; pues si eso es asi, no hay utilidad alguna en casarse. (*Matth. cap. 19.*) ¿Podré yo temer, Christianos oyentes mios, que se acobarden los flacos al contemplar las obligaciones, que acabo de exponer del estado Religioso, y que un yugo, que en la realidad es muy ligero, os parezca insufrible? Para precaver, pues, estas ideas basta considerar lo que hace el Religioso, quando se consagra à Dios, porque supuesto un esfuerzo tan grande, y una victoria tan difícil, nada hay que no pueda vencer; y si llegase à aflojar en el camino de la perfeccion, no hay pretexto con que pueda excusar su tibieza: quedareis persuadida de esta verdad, amada hermana mia, si examinais bien, lo que es consagraros à Dios: por esta accion os privais de vuestros derechos naturales, de vuestros mas licitos afectos, y de vuestras mas suaves esperanzas; tres ofrendas para las que se necesita de un heroyco valor, y que en adelante os suavizarán todas las dificultades de la vida Religiosa.

Renunciáis primeramente, vuestros mas naturales derechos: renunciáis los derechos, que teneis à vuestros bienes, à los placeres mas legitimos, à vuestra libertad, à vuestra voluntad, y à vuestra